

Los Libros

NOTAS SOBRE DOS TRABAJOS DE GUILLERMO FELIÚ CRUZ. *Por Julio César Jobet.*

Hemos leído con gran interés los últimos trabajos del distinguido historiador y catedrático don Guillermo Feliú Cruz. Ellos son: «La Universidad de Chile, Universidad de América», discurso pronunciado al inaugurar los cursos de Verano de la Escuela de Temporada de la Universidad de Chile, el 2 de enero de 1950; y «Chile visto a través de Agustín Ross», extenso ensayo de comprensión de las ideas de ese destacado hombre de negocios y político de relieve y, además, hondo análisis del período del parlamentarismo. Tiene para nosotros especial significado anotar la aparición de estas obras de don Guillermo Feliú Cruz, porque ha sido nuestro profesor y guía en muchos estudios, y a quien debemos innumerables enseñanzas y valiosas sugerencias. Guillermo Feliú Cruz se ha señalado como un investigador de excepcionales aptitudes y como un ensayista de aguda penetración; además, es un catedrático brillante que ha derramado, con generosidad, su vasto saber en clases de gran estilo. Sus exposiciones claras y vibrantes, con una pasión comunicativa y estimuladora, han inculcado a multitud de discípulos el deseo ardiente de estudiar y conocer a fondo el pasado patrio, en función del perfeccionamiento de nuestra cultura y del logro de una sociedad mejor.

Guillermo Feliú Cruz nació en Talca, a principios de 1900, y al cumplir medio siglo de existencia exhibe una obra inmensa en la que casi una cincuentena de títulos, folletos, opúsculos y libros diversos, constituye el balance fecundo de una vida consagrada por entero a la investigación histórica, a la enseñanza universitaria y al periodismo de alta calidad. Guillermo Feliú Cruz es profesor de Historia Americana y de Chile en el Instituto Pedagógico y de Historia Constitucional de Chile en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Ha sido colaborador sistemático de las grandes publicaciones del país, entre otras, de «Revista Chilena», «Revista Chilena de Bibliografía», «Revista Chilena de Historia y Geografía», «El Mercurio», «La Nación», «Atenea». Ha llevado a cabo una extensa obra de organización en Museos y Bibliotecas de la capital y, desde fines de 1925, es el Conservador de la Biblioteca Americana José Toribio Medina, sección importantísima de la Biblioteca Nacional. Sería largo enumerar las diversas e importantes obras de Guillermo Feliú Cruz, muchas de ellas fundamentales en el conocimiento del pasado nacional. Para nosotros son particularmente interesantes sus agudos ensayos de interpretación de esclarecidos personajes de la literatura y de la política, tales como Vicente Pérez Rosales, Vicente Reyes, Ramón Sotomayor Valdés, M. L. Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, Enrique Matta Vial, José Toribio Medina, estudios en los cuales se aunan el dominio completo de la obra de los personajes con el conocimiento perspicaz de la época en que actúan, entregándonos acertadas y novedosas semblanzas tanto por la riqueza de ideas y sugerencias como por el estilo rebotante de vida y de pasión. Estimamos que sería de considerable provecho que Guillermo Feliú Cruz agrupara todos esos ensayos en un amplio volumen, el que, sin duda, constituiría un vertebrado trabajo acerca del desarrollo del pensamiento chileno, y de su fondo social.

En cuanto a su discurso «La Universidad de Chile, Universidad de América», publicado en un primoroso folleto, tiene un significado especialísimo. Aquí traza un cuadro completo y preciso del carácter y tradición de nuestra Universidad, señalando los hechos y nombres más representativos de su evolución, para destacar, nítidamente, su inmensa labor científica y cultural y sus elevados propósitos americanistas. Y al respecto es todo un símbolo, que compendia con exactitud su finalidad indicada, y sobre todo en conexión con su ideal americanista, que su primer rector haya sido el admirable sabio caraqueño, formado en Londres, Andrés Bello y quien, ocupando tan alto cargo, diera a luz las obras gramaticales y jurídicas que permitieron la estructura uniforme y armónica del idioma español en América y de la sociedad de nuestras jóvenes repúblicas. La tradición sustentada por Bello será continuada, invariablemente, por los grandes maestros chilenos, Barros Arana, Lastarria, Valentín Letelier, enseñando codo a codo con ilustres americanos venidos a nuestra patria de los diversos países del continente: Sarmiento, Mitre, Alberdi, Hostos, René Moreno, García del Río y tantos otros.

En nuestra Universidad «es el espíritu de América, sin limitaciones, el que aquí se ha formado para hacer del americanismo un sentimiento, primero, una doctrina después, un dogma, en seguida, una fuerza moral, social y espiritual...» Nuestra Universidad por obra de su ideal, metódicamente aplicado en la práctica de los hechos y de las relaciones, es la Universidad de América.

En este notable discurso, Guillermo Feliú Cruz pasa revista detenida a los diversos escritores y maestros latinoamericanos que han pasado por Chile y su Universidad, que han actuado en su vida cívica y cultural; lo que nos han dado y lo que le hemos entregado. No nos resistimos a reproducir un elocuente párrafo en el cual el autor explica la razón de querer hacernos sentir en América por nuestra cultura, cultura inspirada en ideales ameri-

canistas y que la propugnamos libre, clara, con un profundo sentido social, igualitario, democrático, civil, republicano y reparador de injusticias:

«De nuestra propia estructura moral nace la secuencia de la hegemonía espiritual a que aspiramos en América. Somos un pueblo que ha dado a este Continente un ejemplo recto de organización jurídica, de estabilidad social, de ponderación política, y de firmeza granítica institucional, de esfuerzo y de voluntad para forjar su destino. Somos una democracia civil auténticamente lograda. Aquí se han destacado los más grandes historiadores de América. Aquí se han singularizado los más eminentes juristas. Aquí han brillado, en la enseñanza, maestros incomparables. Aquí han florecido los poetas y novelistas que hacen capítulo amplio en la historia de la literatura hispanoamericana. Aquí la prensa ha servido de tribuna de bien público y de orientación democrática, y engendrado una tradición civil en una ciudadanía consciente de sus deberes. Aquí la prensa libre ha ahogado las tiranías, y las dictaduras, y condenado a los que se han alzado con el poder. Aquí la opinión pública ha prevalecido sobre el caudillaje, y ha hecho impersonal, superior e intangible, el poder civil a los imperios demagógicos del militarismo. Aquí nuestra organización administrativa ha servido de modelo a nuestros hermanos. Aquí los métodos de nuestra enseñanza han inspirado e inspiran a las naciones hermanas, que ven en Chile un laboratorio de experiencias serias. No nos ha ofuscado nunca el nacionalismo con sus estridencias; conocemos el valor moral de nuestra estirpe; tenemos la conciencia de una raza y de un pueblo que sabe de sus finalidades superiores en América».

Es en razón de tal realidad y antecedentes que aspiramos a mantener y acrecentar nuestro papel espiritual y moral en América Latina y nuestra Universidad es el vehículo principal de tan noble anhelo.

Pero de la Universidad de Chile no sólo ha irradiado el progreso intelectual, moral, político y social de la República y se

ha expandido a América, a través de los alumnos americanos que se han formado en sus aulas; de sus catedráticos y misiones educacionales que han visitado periódicamente los países del Continente y que han actuado en Bolivia, Ecuador, Panamá, Venezuela, Centroamérica y las Antillas, sino que, también, ha sabido asimilar lo mejor de la milenaria cultura europea. Es así como sus puertas han estado abiertas siempre para los sabios y profesores europeos y varias decenas han realizado una grandiosa tarea en la formación y desenvolvimiento culturales de nuestra patria: Gay, Domeyko, Gorbea, Sazié, Blest, Courcelle-Seneuil, Monvoisin, Phillippi, Moesta, Pissis, Lenz, Petit, Hansen, Johow, Latcham, Noé, Mann, Nicolai, y numerosos otros, han aportado el esfuerzo y saber europeos a nuestra nación, a la vez que han entregado perdurables obras de ciencia.

La Universidad de Chile ha sabido conjugar en sus aulas el pensamiento nacional con el americano y europeo y dar vida a una poderosa obra profundamente chilena y, al mismo tiempo, hondamente americana y universal.

El mérito del discurso de Guillermo Feliú Cruz, consiste en haber destacado, en una elocuente síntesis, exhibiendo los hechos más señalados, esta tradición cultural de nuestra Universidad y su honrosa misión espiritual en el Continente.

El segundo trabajo de Guillermo Feliú Cruz: «Chile visto a través de Agustín Ross», es un análisis detenido de las ideas económicas y políticas de don Agustín Ross, por medio del inteligente comentario de sus diversos escritos y por la reproducción de los párrafos más brillantes de su obra: «Sesenta años de cuestiones monetarias y financieras y de problemas bancarios», y, a través de él, del libro de Roberto Espinoza: «Cuestiones financieras de Chile».

Los rasgos más sobresalientes de la vida y actuación de don Agustín Ross y, especialmente, lo original de su pensamiento: sus ideas financieras, son estudiados prolijamente. Sustanciosas

notas para su bibliografía y bio-bibliografía completan la nutrida silueta de este importante personaje.

Sin embargo, a pesar de su minuciosidad, la semblanza de Agustín Ross sólo es parte del trabajo de fondo de Feliú Cruz. En efecto, el enfoque de sus ideas financieras constituyen una sección del ensayo más amplio en que el autor estudia el desarrollo socio-político de Chile desde 1891 hasta 1924. Este estudio es la continuación de otro excelente trabajo intitulado: «Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX hasta 1891», acertadamente incluido en el libro que comentamos. De esta suerte, el nuevo volumen de Guillermo Feliú Cruz, es una visión totalizadora del desenvolvimiento social de Chile durante la Independencia y la República, robustecido en la parte económica y financiera por los estudios y críticas de Agustín Ross.

Y más aún, este valioso tomo incluye un estudio preliminar de don Francisco Antonio Encina, donde traza un breve esquema de nuestro desarrollo social hasta la época en que actúa Agustín Ross; destaca los factores esenciales que permitieron la organización de Chile; indica algunos de sus rasgos negativos; resume las ideas económicas de Ross y expone los errores de los «papeleros» y de los «oreros» en el drama de la desvalorización monetaria. Con una actitud de huaso ladino y de agricultor pudiente no se detiene en el profundizamiento del papel jugado por dicha clase en el mantenimiento del régimen de papel moneda y su sistemática desvalorización y sólo de paso, expresa que «los agricultores, banqueros y agiotistas» nunca tuvieron la influencia que Ross les atribuye en ese proceso.

Agustín Ross nació en La Serena en 1844. Era de origen escocés. Su nacimiento tiene lugar en la época en que el cambio internacional de Chile fluctuaba entre los 45 y 48 peniques. Murió en 1926, a los 82 años, cuando ese mismo cambio había descendido a 1/8 de su valor primitivo, oscilando en los 6 peniques. La vida adulta de Agustín Ross se desarrolla paralela-

mente a la sistemática desvalorización monetaria provocada por las fuerzas sociales a que pertenecía, pero que él denunciará y combatirá sin tregua.

Su comentador expresa que fué un hombre de ejemplar honradez cívica, de acrisolado patriotismo e inspirado en el amor a los desposeídos. Por su esfuerzo y capacidad levantó una poderosa fortuna y sobresalió en los negocios mineros y bancarios. Desde joven sintió una fuerte inclinación por las cuestiones financieras y, tempranamente, se dió cuenta del manejo equivocado de las finanzas nacionales a causa de la gestión egoísta de los grandes agricultores y mineros, de los bancos de emisión, de los especuladores de bolsa y de los agiotistas de todos los pelajes.

Publicó numerosos libros, folletos y discursos para atacar los equivocados rumbos de la orientación económica impuesta por la oligarquía dominante. Algunos de los títulos más destacados son: «La cuestión económica», «Los bancos de Chile», «La conversión metálica», «El problema financiero», «Reseña del comercio de Chile durante la era colonial» y «Seenta años de cuestiones monetarias y bancarias». En sus diversas publicaciones, así como en sus actos de hombre de negocios y de político, procedió animado por el deseo sincero de encontrar las adecuadas soluciones a los grandes problemas nacionales.

Agustín Ross fué un denodado enemigo de las maniobras monetarias de la oligarquía dominante y luchó con tenacidad sajona por obtener la abolición del régimen papel-moneda y volver a la conversión metálica, que permitiera el mantenimiento de una moneda sana y firme, única garantía del bienestar de los sectores trabajadores y de una capitalización adecuada en la que se basara un desarrollo económico fecundo.

En sus publicaciones analiza con abundancia de datos y hechos la acción sostenida de las fuerzas sociales que deprimieron conscientemente la moneda nacional: «Los hacendados formaron en el Congreso un grupo que siempre, en nombre del país, protestó de todo proyecto de conversión del papel-moneda;

así como siempre se quejaron de toda reacción observada en el billete de curso forzoso (o de toda elevación en la tasa del cambio internacional de Chile), en los momentos en que se preparaban para vender sus cosechas de trigo; de tal suerte que, en gran parte, las expectativas de sus negocios se cifraban en la depreciación cada vez más profunda del circulante. Los hacendados en estos anhelos de depresión monetaria, han estado siempre acompañados por los mineros del país, y, en general, por todos los que han tenido valores que exportar... Las obligaciones no se elevan, aunque el papel moneda baje; ni se elevan las contribuciones, ni los fletes, ni los salarios; pero, eso sí, se alzan los precios de la tierra, de los arriendos, de las maderas, del trigo, de los animales, de la leche, del pasto, de los vinos, del salitre, del cobre, del carbón, proporcionalmente al descenso del circulante fiduciario, y a veces en una proporción algo más elevada. Se nos dirá que también se alzan los fletes y los salarios; sí, pero siempre con mucha lentitud, y jamás en proporción al descenso del papel moneda. Como se ve, son los agricultores propietarios principalmente, los que en Chile aprovechan de la depreciación de la unidad monetaria de papel. Son principalmente ellos los que han contraído compromisos en los bancos, y han negociado deudas hipotecarias que están representadas por muchos millones de bonos hipotecarios en circulación. Los deudores hipotecarios tienen que pagar esos bonos y otras deudas en papel moneda, y de ahí su conveniencia de que ese circulante valga lo menos que sea posible».

Según el señor Ross, la prosperidad de los hacendados se ha debido a los altos precios que han alcanzado los productos de la agricultura; a los bajos salarios que han pagado a los trabajadores del campo; a sus contribuciones ínfimas y a que han podido pagar sus deudas hipotecarias con valores reales cada vez más pequeños, siempre mediante el papel moneda. Los juicios del señor Ross, en vista de la autoridad de su personalidad política y financiera, tienen una importancia decisiva y ellos nos

permiten comprender el porqué del sistemático descenso del valor de nuestra moneda hasta decaer a fracciones de penique y la causa de la permanente inflación en que ha vivido el país y que ha agobiado a las grandes masas asalariadas.

No olvidemos que el esclarecido y valeroso maestro don Alejandro Venegas (Dr. Julio Valdés Cange), en sus obras: «Cartas a don Pedro Montt» y «Sinceridad», llevó a cabo, del mismo modo que el señor Ross, un estudio detenido de la evolución del país en sus diversos aspectos hasta llegar a la conclusión que los innumerables males anotados en su desarrollo y la miseria predominante se debían a la ininterrumpida desvalorización monetaria verificada por las fuerzas económicas de la agricultura, minería y banca, o sea, de la oligarquía plutocrática dueña del poder. Más recientemente, escritores norteamericanos, como Frank W. Fetter y Archibald Mac-Leish, se han sorprendido de esta actitud antinacional de la clase gobernante chilena y han llegado a idénticos resultados que Ross y Alejandro Venegas en su explicación.

El diputado Puelma Tupper resumió tan desgraciada gestión en este juicio muy gráfico: «En Chile existen dos industrias: una, la de los rotos que recortan las carabinas para robarle a los ricos; y otra, la de los ricos que recortan los pesos para robarle a los rotos».

Este proceso de la desvalorización monetaria, impuesto por la oligarquía terrateniente, bancaria y minera, sumado a la extorsión de los consorcios internacionales, que explotan nuestras materias primas, llevándose las utilidades fuera del país e impidiendo la instalación de una industria pesada, más la subsistencia de un agrarismo colonial, basado en métodos anticuados de cultivo y en la servidumbre de grandes masas rurales, constituyen la estructura económica del país y explica su realidad social y su movimiento político. Es el fondo que determina una superficie, a menudo brillante, pero en realidad gravísima para el porvenir del país en su conjunto.

Guillermo Feliú Cruz, después de verificar la antología del pensamiento económico de Agustín Ross y comentar juiciosamente su contenido en relación con la trama social y política del país, lleva a cabo su profundo ensayo de interpretación del desenvolvimiento nacional desde 1891 a 1924. El régimen parlamentario con su tremenda rotativa ministerial (incluye una abismante estadística al respecto); los partidos políticos existentes: sus programas y los intereses que representan; sus características y la anarquía en que desenvuelven, trasladándola al país entero; la cuestión social que surge en este instante, a raíz de la formación y desarrollo de un poderoso proletariado que adquiere una apreciable conciencia de clase; la posición de los diversos partidos políticos frente a esta nueva situación y las huelgas que se desatan, como protesta de la clase obrera en vista de sus degradantes condiciones de vida y ante la incuria de los poderes públicos, están tratados en forma magistral.

Tiene indudable novedad la parte de su ensayo en que expone las aspiraciones de la clase obrera, el contenido de sus reivindicaciones y el carácter de las huelgas; la formación de su conciencia de clase hasta crearse una mentalidad independiente, que se nutre en la comprensión exacta de su papel en la sociedad en la escasa retribución que recibe, y en el estudio y lectura de una literatura propia. Esta conciencia de clase se concreta en la fundación de la prensa obrera y en la constitución de sus organismos de clase, sindicatos y gremios, estimulada por la actuación de dirigentes notables, surgidos de su seno, y entre los cuales descuella Luis Emilio Recabarren, hombre de talento natural, de gran capacidad organizativa y de extraordinario arrojo.

Las reacciones obreras determinan en los partidos políticos posiciones distintas, aunque todos reconocen la gravedad de la «cuestión social». En sus programas entran a considerarse diversas medidas con el objeto de traducirlas en la dictación de una legislación social que permita satisfacer las demandas más importantes del elemento trabajador. La lentitud con que ac-

túan el Gobierno y el Congreso agrava la pugna clasista, mientras en la superficie hacen equilibrios los diversos partidos. Su primer estallido político se manifiesta en la gran lucha presidencial de 1920, dándole su carácter dramático y apasionante. A pesar del triunfo de las fuerzas democráticas populistas, que se habían hecho eco de las reivindicaciones de los trabajadores, no se logró la solución de ninguno de sus problemas fundamentales y el nuevo período pereció en medio de la descomposición total del parlamentarismo, reemplazado, luego, por la dictadura militar.

Esta brevísima reseña del trabajo de Guillermo Feliú Cruz, nos permite afirmar que es un estudio de gran riqueza sintética e interpretativa. Aparece en un momento oportunísimo, cuando cruzamos una etapa difícil de la evolución nacional, que exige el conocimiento justo del pasado inmediato a objeto de proceder a las revisiones y confrontaciones que nos obliguen a esclarecer programas y a definir rumbos.

No hace mucho comentamos, en estas páginas, el ensayo de Eduardo Frei sobre la evolución de los partidos políticos chilenos desde 1891 hasta 1938, en el cual sobresalía un marcado acento social que le daba hondura y modernidad. Este nuevo ensayo de Feliú Cruz, sobre la misma época que presenta materiales y puntos de vista de gran calidad para la adecuada valoración de nuestro desarrollo nacional, guarda estrecha conexión con aquél por la similitud de objetivo. Y, a la vez, nos entregan dos versiones interesantes y novedosas sobre una trascendental época de la historia patria, determinadas por la filosofía social-cristiana del señor Eduardo Frei y por la concepción social-rationalista del señor Guillermo Feliú Cruz.